

Jacques Lacan

**Seminario 10
1962-1963**

LA ANGUSTIA

20

29 de MAYO de 1963¹

Leyendo, en estos días, algunas obras nuevas, recientemente aparecidas, sobre las relaciones del lenguaje y el pensamiento, me ví llevado a volverme a presentificar lo que, después de todo, a todo momento, bien puedo poner en cuestión para mí mismo, a saber, el lugar y la naturaleza del sesgo por el que, aquí, trato de abordar algo, algo que, de todas maneras, no podría ser — sin eso, qué tendría para decirles — más que un límite obligado, necesario, de vuestra comprensión.

Esto no presenta ninguna dificultad particular, en su principio objetivo, puesto que todo progreso de una ciencia lleva tanto y más

¹ Para los criterios que rigieron la confección de la presente versión, consultar nuestro prefacio: *Sobre esta traducción*. Para las abreviaturas que remiten a los diferentes textos-fuente de esta traducción, véase, al final de esta clase, el **Anexo 1**.

sobre el manejo *fásico*² de sus conceptos que sobre la extensión de sus *conquistas*³.

Lo que aquí puede constituir — quiero decir en el campo psicoanalítico — un obstáculo que merece una reflexión particular, no es solucionable tan fácilmente como el pasaje de un sistema conceptual a otro, por ejemplo del sistema copernicano al sistema einsteniano. Pues, después de todo, podemos suponer que, en los espíritus suficientemente desarrollados, esto no trae dificultad por mucho tiempo. Para los espíritus suficientemente abiertos a las matemáticas, *no demora mucho que se imponga*⁴ que las ecuaciones einstenianas *se sostienen, son incluidas en las que las han precedido que las sitúan como casos particulares, por lo tanto las resuelven enteramente.*⁵

Esto no quiere decir que no pueda haber — como la experiencia, la historia lo prueban — un momento de resistencia, pero es breve. En toda la medida en que, como analistas — quiero decir en toda la medida de nuestra implicación, *y*⁶ es ya estar en ello un poco implicado, interesarse un poco en el análisis — en toda la medida de nuestra implicación en la técnica psicoanalítica, debemos encontrar en la elaboración de los conceptos el mismo obstáculo designado, reconocido como constituyendo los límites de la experiencia analítica, a saber, la angustia de castración.

Todo sucede como si, lo que me llega a distancias diversas de mi voz — y no siempre forzosamente para responder a lo que he dicho, pero ciertamente en cierta zona de respuesta — todo sucede como si, en determinados momentos, se endurecieran ciertas posiciones técnicas,

² *{phasique}* — AFI opta por suprimir este dudoso calificativo.

³ {prises} — *crisis {crises}*

⁴ *se impone bastante rápidamente*

⁵ *se sostengan, sean incluidas en las que las han precedido, que ellos las sitúan como casos particulares, por lo tanto resolviéndolos enteramente.* — * se sostienen, incluidas las que las han precedido, las sitúa como caso particular, por lo tanto las resuelve enteramente.*

⁶ *más o menos:*

estrictamente correlativas en esta materia a lo que puedo llamar limitación de la comprensión; todo sucede igualmente como si yo hubiera elegido, para superar esos límites, una vía perfectamente definida, a nivel de la edad escolar, por medio de una escuela pedagógica que plantea de cierta manera los problemas de la relación de la enseñanza escolar con la maduración del pensamiento del niño; todo sucede como si yo adhiriera — y yo adhiero a ello, en efecto, al considerar atentamente ese debate pedagógico — a ese modo de procedimiento pedagógico que está lejos, créanlo, ustedes pueden constatarlo — hay entre ustedes quienes están más cerca que los demás, más necesitados de interesarse en esos procedimientos pedagógicos, verán que las escuelas están lejos de ponerse de acuerdo sobre el procedimiento que ahora voy a articular y definir. Para una escuela, si quieren, pónganla donde ustedes quieran, por el momento a mi izquierda, eso no quiere decir nada, además — todo está gobernado por una maduración autónoma de la inteligencia, no se hace más que seguirla, hablo de la edad escolar; para las otras, hay una falla, una hiancia. A la primera, designémosla, por ejemplo, por medio de las teorías de *Steiner*⁷ — no lo he dicho inmediatamente porque pienso que una buena parte de ustedes jamás abrió los trabajos de este psicólogo sin embargo universalmente reconocido — para *la otra*⁸, digamos, está Piaget, hay una hiancia, una falla entre lo que el pensamiento infantil es capaz de formar y lo que puede serle aportado por la vía científica. Está claro que, si lo consideran con atención, en los dos casos se trata de reducir la eficacia de la enseñanza como tal a cero.

La enseñanza existe. Lo que hace que numerosos espíritus en el área científica puedan desconocerlo, es que, efectivamente, en el campo científico, una vez que se ha accedido a él, lo que es propiamente del orden de la enseñanza, en el sentido en que voy a precisarlo, puede ser, en efecto, considerado como elidible, *esto es, a saber, que,*⁹ cuando uno ha franqueado cierta etapa de la comprensión matemática, una vez que está hecho, está hecho, ya no se tiene que buscar sus vías. Podemos, si puedo decir, acceder a eso sin ningún esfuerzo, por poco

⁷ *Stern*

⁸ *las otras *

⁹ *En efecto,*

que uno pertenezca a la generación a la que se haya enseñado las cosas de esta forma, con esta formalización, de primera intención.

Los conceptos extremadamente complicados, o, más exactamente, los que hubiesen parecido, en una etapa precedente de las matemáticas, extremadamente complicados, son inmediatamente accesibles a las mentes muy jóvenes. *Es cierto que se tiene necesidad de algún intermediario en la edad escolar,*¹⁰ y que todo el interés de la pedagogía escolar se sostiene en captar, en constatar este punto vivo o en avanzar por medio de los problemas que superen ligeramente lo que se llama las capacidades mentales del niño. Y ayudándolo — digo: ayudándolo solamente — a abordar esos problemas, se hace algo que tiene un efecto, no solamente pre-madurante, efecto de prisa sobre la maduración mental, sino un efecto del que, en algunos períodos que podemos llamar — y así se los ha llamado — “sensitivos” — los que saben un poco sobre este tema pueden ver dónde, yo prosigo, pues lo importante es mi discurso, y no mis referencias — se pueden obtener verdaderos efectos de desencadenamiento, de apertura de ciertas actividades aprehensivas en determinados dominios, efectos de una fecundidad totalmente especial.

Esto es exactamente lo que me parece que puede ser obtenido en el dominio donde avanzamos juntos aquí, en tanto que, en razón de la especificidad de su campo, y que siempre se trata en él de algo en lo que convendría que algún día reparasen los pedagogos. Ya hubo algunos esbozos de esto en los trabajos de autores cuyo testimonio es tanto más interesante retener cuanto que no tienen ninguna noción de lo que para nosotros puede aportar su experiencia. El hecho de que tal pedagogo haya podido formular que no hay verdadero acceso al concepto más que a partir de la edad de la pubertad — entiendo algunos experimentadores que no conocen, que no quieren reconocer nada del análisis — es algo que merecería que añadiéramos a ello nuestra mirada, que metiéramos en ello nuestra nariz, que captáramos — en el lugar del que les hablo, hay mil huellas sensibles — que es, hablando con propiedad, en función de un lazo que puede establecerse en lo que concierne a la maduración del objeto *a* como tal, es decir, tal como yo

¹⁰ *No se tiene necesidad de ningún intermediario. Es cierto que a la edad escolar,* — *Es cierto que no se tiene necesidad de ningún intermediario en la edad escolar*

lo defino, en esta edad de la pubertad, que se podría concebir un punto de referencia muy diferente que el establecido por estos autores de lo que ellos llaman “el momento límite” donde hay verdaderamente funcionamiento del concepto, y no de esa especie de uso del lenguaje que en este caso ellos llaman, no conceptual, sino “complexual”, por una suerte de homonimia de pura coincidencia con el término “complejo” del que nos servimos.

Esta posición del a , en el momento de su pasaje por lo que yo simbolizo bajo la fórmula del $(-\phi)$, ahí tenemos lo que es uno de los objetivos de nuestra explicación de este año. No es valorizable, asumible por vuestros oídos, no podría ser válidamente transmitido, sino por cierta aproximación que aquí no podría ser más que de rodeo, de lo que constituye ese momento caracterizado por la *notación $(-\phi)^*$ ¹¹, y que es y no puede ser sino la angustia de castración.

Es porque esta angustia, aquí, no podría de ninguna manera ser presentificada como tal, sino solamente localizada por medio de esta especie de vía concéntrica que me hace, ustedes lo ven, oscilar, del estadio oral a algo que, la vez pasada, hice que se soportara de la evocación, bajo una forma separada, materializada en un objeto que es la voz, ese *Shofar* — ustedes me permitirán hoy que la retome para ponerla un instante de costado — para que podemos ahora volver al punto central que yo evoco al hablar de la castración. ¿Cuál es verdaderamente esa relación de la angustia con la castración? No basta que la sepamos vivida como tal, en tal fase llamada terminal o no terminal del análisis, para que verdaderamente sepamos lo que es.

Para decir inmediatamente las cosas como van a articularse en el paso siguiente, diré que la función del falo como imaginario funciona por doquier, a todos los niveles, de arriba abajo, que he definido, caracterizado por cierta relación del sujeto *con el (a) ,*¹² el falo funciona por doquier, salvo allí donde se lo espera, en una función mediadora, especialmente en el estadio fálico, y que es esa carencia como tal

¹¹ *noción $(-\phi)^*$

¹² Llama la atención esta inesperada puesta de a entre paréntesis, sobre todo cuando **AFI** elige transcribir aquí una frase coja: *una relación del sujeto con el, el falo funciona*, etc.

del falo presente, localizable, a menudo para nuestra gran sorpresa en cualquier otra parte, es ese desvanecimiento de la función fálica como tal, en ese nivel donde es esperado para funcionar, que es el principio de la angustia de castración.

De dónde la notación (-φ) que denota esa carencia, si puedo decir, positiva, y esto por no haber sido formulada nunca como tal bajo esa forma que no ha dejado lugar, tampoco, para que se saquen sus consecuencias.

Para volverles sensible la verdad de esta fórmula, tomaré diversos caminos según el modo que hace un momento llamé el de girar alrededor. Y puesto que la vez pasada les recordé la estructura propia del campo visual en lo que concierne a lo que yo llamo a la vez la sustentación y la ocultación en ese campo, del objeto *a*, no puedo menos que volver a eso, cuando de una manera que sabemos que es traumática, es en ese campo que se presenta el primer encuentro con la presencia fálica, a saber, lo que llamamos la escena primitiva.

Todos sabemos que, a pesar de que allí esté presente, visible bajo la forma de un funcionamiento del pene, lo que choca en la evocación de la realidad de la forma fantaseada de la escena primitiva, es siempre alguna ambigüedad concerniente justamente a esa presencia.

Cuántas veces podemos decir que, justamente, no se lo ve en su lugar, e incluso, a veces, que lo esencial del efecto traumático de la escena es justamente las formas bajo las cuales desaparece, se escamotea.

Del mismo modo, no tendría más que evocar, en su forma ejemplar, el modo de aparición — donde, en todo caso, para nuestro propósito, no tenemos que engañarnos, la angustia que lo acompaña nos señala suficientemente que estamos precisamente en el camino que buscamos — el modo de aparición de esa escena primitiva en la historia del *Hombre de los Lobos*.¹³ En alguna parte hemos oído decir que había algo obsesivo, parece, en que volvamos aquí — no pienso, cada vez que estoy en presencia de ustedes, sino en que volvemos a esos ejemplos originales del descubrimiento freudiano. Estos ejemplos son más

¹³ Sigmund FREUD, «De la historia de una neurosis infantil» (1918 [1914]), en *Obras Completas*, Volumen 17, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1979.

que unos soportes, incluso más que unas metáforas, nos hacen palpar la sustancia misma de aquello con lo que tenemos que vérnoslas.

Lo esencial en la revelación de lo que aparece al Hombre de los Lobos, por la hiancia que prefigura de alguna manera aquello de lo que hago una función, la de la ventana abierta, lo que aparece en su marco identificable, en su forma, a la función misma del fantasma, bajo su modo más angustiante, es manifiesto que lo esencial no es allí saber dónde está el falo; éste está allí, si puedo decir, por todas partes, idéntico a lo que yo podría llamar “la catatonía de la imagen”: el árbol, los lobos posados que — reencuentren en esto el eco de lo que les articulé la vez pasada — miran al sujeto fijamente, no hay ninguna necesidad de buscar, del lado de esa piel cinco veces repetida en la cola de los cinco animales, lo que está en juego, y que está ahí — se los he dicho — en la reflexión misma que la imagen soporta de una catatonía que no es otra cosa que la misma del sujeto, la del niño pasmado¹⁴, fascinado por lo que ve, paralizado por esa fascinación al punto que, lo que en la escena lo mira, *y que de alguna manera es invisible por estar en todas partes*¹⁵, bien podemos concebirlo como una imagen que, aquí, no es nada más que la transposición de su estado de suspensión, de su propio cuerpo, aquí, transformado en ese árbol, que diríamos, para hacer eco a un título célebre, “el árbol cubierto de lobos”.

Que se trate de algo que haga eco a ese polo vivido que hemos definido como el del goce, esto me parece que no es cuestionable. Esa suerte de goce, pariente de lo que, en otra parte, Freud llama horror del goce, ignorado del Hombre de las Ratas,¹⁶ goce que supera toda localización posible por el sujeto, está ahí presentificado bajo esa for-

¹⁴ {*médusé*} — no convendría perder, en la traducción, la referencia al efecto “cabeza de Medusa”: cf. Sigmund FREUD, «La cabeza de Medusa» (1940 [1922]), en *Obras Completas*, Volumen 18, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1979.

¹⁵ *y que de alguna manera es invisible por doquier*

¹⁶ “En todos los momentos más importantes del relato se nota en él una expresión del rostro de muy rara composición, y que sólo puedo resolver como *horror ante su placer, ignorado {unbekennen} por él mismo.*” — cf. Sigmund FREUD, «A propósito de un caso de neurosis obsesiva» (1909), en *Obras Completas*, Volumen 10, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1980, p. 133.

ma erigida, el sujeto no es más que erección en esa captura que lo hace falo, lo arborifica, lo fija enteramente.

Hay algo que sucede, y de lo que Freud nos testimonia, que, en esta ocasión, eso no ha sido más que reconstruido: que por esencial que sea, el desarrollo sintomático de los efectos de esta escena es tan esencial que el análisis que hace de ella Freud no podría avanzar siquiera un instante, si no admitimos ese elemento que hasta el final permanece como el único, no integrado por el sujeto, y que en esta ocasión presentifica lo que Freud ha articulado más tarde de la reconstrucción como tal:¹⁷ es la respuesta del sujeto a la escena traumática por medio de una defecación. La primera vez, o la casi primera vez, la primera vez en todo caso en que Freud tiene que poner de relieve, de una manera particular, esa función de la aparición del objeto excremental, en un momento crítico, observen — remítanse al texto¹⁸ — que, bajo mil formas, lo articula en una función a la cual no podemos dar otro nombre que el que hemos creído tener que articular más tarde como característico del estadio genital, a saber, en función de oblatividad. Es un don, nos dice. Por otra parte, todos saben que Freud subrayó, desde el comienzo, el carácter de regalo, en todas las ocasiones que ustedes me permitirán llamar, al pasar, y sin otro comentario, si se acuerdan de mis señalamientos, ocasiones de pasaje al acto, donde el niño suelta intempestivamente algo de su contenido intestinal.

*Pero*¹⁹ en el texto del *Hombre de los Lobos*, las cosas van incluso más lejos, dando su verdadero sentido, el que hemos ahogado bajo una vaga asunción moralizante, a propósito de la oblatividad. A propósito de eso, Freud habla de sacrificio, lo que — ustedes lo admitirán — dado que Freud era un hombre de muchas lecturas — por ejemplo, sabemos que había leído, por ejemplo, a Robertson Smith²⁰

¹⁷ Sigmund FREUD, «Construcciones en el análisis» (1937), en *Obras Completas*, Volumen 23, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1980.

¹⁸ «De la historia de una neurosis infantil», *op. cit.*, pp. 74 y ss.

¹⁹ *Y*

²⁰ Freud cita explícitamente a W. Robertson Smith en su prólogo al libro de Theodor Reik, *Problemas de la psicología de las religiones*, cuya primera edición es de 1919, pero cuya segunda edición, de 1928, lleva por título *El Ritual. Estudio psi-*

— y que, cuando hablaba de sacrificio, no hablaba de algo en el aire, de una especie de vaga analogía moral, Freud habla de sacrificio a propósito de la aparición de este objeto excremental en el campo. Esto debe, de todos modos, querer decir precisamente algo.

Es aquí que retomaremos la cosa, en el nivel, si ustedes quieren, del acto normal, del acto calificado, justificadamente o no, de maduro, aquel a nivel del cual he creído poder, en mi anteúltimo seminario, si recuerdo bien,²¹ articular el orgasmo como siendo el equivalente de la angustia y situándose en el campo interior al sujeto, mientras que yo dejaba provisoriamente la castración en esa única marca. Es bien evidente que no podríamos separar su signo de la intervención del *otro*²² como tal; esta característica, en realidad, habiéndole sido siempre, y desde el comienzo, afectada, *es por lo tanto el otro quien amenaza de castración.*²³

Hago notar, a propósito de esto, que para asimilar, para hacer que se equivalgan el orgasmo como tal y la angustia, yo tomaba una posición que se unía a lo que había dicho precedentemente de la angustia como referencia, señal, de la única relación que no engaña, que podíamos encontrar en ella la razón de lo que puede haber en el orgasmo de satisfactorio. Es de algo que ocurre en la perspectiva donde se confirma que la angustia no es sin objeto, que podemos comprender la función del orgasmo y, más especialmente, lo que he llamado “la satisfacción que comporta”.

Yo creía poder, en ese momento, no decir más al respecto y ser comprendido. Esto no impide que me llegó el eco, digamos como mínimo, de cierta perplejidad en los términos que se intercambiaron, si tal eco es justo, justamente entre dos personas que yo creía haber for-

coanalítico de las religiones, al que se remitió Lacan en una clase anterior de este Seminario para referirse al *Shofar*. En cuanto al libro de Robertson Smith, se trata de *Lectures on the Religion of the Semites*, de 1889.

²¹ Clase 18, del 15 de Mayo de 1963.

²² *Otro* — como siempre, no habiendo aclaración explícita por parte de Lacan, la decisión por la mayúscula o la minúscula pertenece al transcriptor... y al lector. Se tendrá en cuenta esta conducta en cada ocasión que aparezca este término.

²³ *Esto es por lo tanto las amenazas de castración.*

mado particularmente bien. Es más sorprendente que hayan podido interrogarse en este caso sobre lo que yo entendía por esa satisfacción.

¿Se trata entonces, se preguntaban, del goce? ¿Esto sería volver, en cierto modo, a ese absoluto irrisorio que algunos quieren poner en la pretendida fusión de lo genital? Y luego, puesto que se trataba de percibir la relación de ese punto de angustia — pongan en ese punto toda la ambigüedad que quieran — de un punto donde ya no haya angustia si el orgasmo la recubre, con el punto de deseo, en tanto que se señala por la ausencia del objeto *a* bajo la forma del $(-\phi)$, ¿qué hay, se preguntaban, de esa relación en la mujer? Respuesta: yo no he dicho que la satisfacción del orgasmo se identificara con lo que he definido en el seminario sobre *La ética*, sobre el lugar del goce.²⁴ Respuesta —hasta parece irónico subrayarla—: el poco de satisfacción, incluso tan suficiente, que es aportada por el orgasmo, ¿por qué sería el mismo y en el mismo punto, que ese otro poco que se ofrece en la copulación, incluso exitosa, a la mujer? Esto es lo que conviene articular de la manera más precisa. No basta con decir vagamente que la satisfacción del orgasmo es comparable a lo que en otra parte he llamado, sobre el plano oral, el aplastamiento de la demanda bajo la satisfacción de la necesidad.²⁵ A ese nivel oral, la distinción de la necesidad con la demanda es fácil de sostener, y además no deja de plantear para nosotros el problema de dónde se sitúa la pulsión. Si, por algún artificio, es posible equivocar en el nivel oral lo que tiene de original la fundación de la demanda en lo que llamamos, nosotros, los analistas, pulsión, eso es lo que en ningún caso tenemos derecho de hacer en el nivel de lo genital. Y justamente, ahí donde parecería que tenemos que vérnoslas con el instinto más primitivo, el instinto sexual, es ahí que no podemos, menos que en otra parte, dejar de referirnos a la estructura de la pulsión como estando soportada por la fórmula $S \diamond D$: S relación del deseo con la demanda.

¿Qué es lo que es demandado en el nivel genital y a quién? Que efectivamente la experiencia tan común, fundamental para finalizar, ante la evidencia, por no señalar ya su relieve, que efectivamente la

²⁴ Jacques LACAN, Seminario 7, *La ética del psicoanálisis*, 1958-1960.

²⁵ *cf.*, por ejemplo, en su Seminario 4, sobre *La relación de objeto y las estructuras freudianas*, 1956-1957.

copulación interhumana, en lo que tiene de trascendente por relación a la existencia individual — nos fue preciso el rodeo de una biología ya un poco avanzada para poder observar la estricta correlación de la aparición de la bisexualidad con la emergencia de la función de la muerte individual.

Pero, en fin, se lo había presentido desde siempre. *Cuando*²⁶ ese acto donde se anuda entonces estrechamente lo que debemos llamar supervivencia de la especie, conjunta a algo que no puede dejar de interesar, si las palabras tienen un sentido, lo que hemos señalado en el último término como pulsión de muerte, después de todo, por qué rehusarnos a ver lo que es inmediatamente sensible en hechos que conocemos completamente bien, que están significados en los usos más corrientes de la lengua — demandamos — todavía no he dicho a quién, pero, en fin, como siempre es preciso demandar algo a alguien, resulta que es a nuestro *partenaire* — ¿es tan seguro que sea a él?, hay que verlo en un segundo tiempo — ¿pero lo que demandamos es qué? Es para satisfacer una demanda que tiene cierta relación con la muerte. Eso no llega muy lejos, lo que demandamos, es la pequeña muerte, pero, en fin, está claro que la demandamos, que la pulsión está íntimamente mezclada con esta pulsión de la demanda, que demandamos hacer el amor {*faire l'amour*}, *si ustedes quieren {demandamos} hacer “el amorir” {*faire “l'amourir”*}²⁷, ¿es para morir {*à mourir*}, incluso es para morir de risa {*de rire*}! No es por nada que yo subrayo lo que, del amor, participa en lo que llamo un sentimiento cómico. En todo caso, es precisamente ahí que debe residir lo que hay de reposador en el post-orgasmo. Si lo que se satisface, es esa demanda, ¡y bien, Dios mío, esto es satisfacer a buen precio, uno se retira del asunto!

La ventaja de esta concepción es hacer aparecer, dar razón de lo que sucede en la aparición de la angustia, en cierto número de maneras de obtener el orgasmo. En toda la medida en que el orgasmo se desprende de ese campo de la demanda al otro — ésta es la primera aprehensión que obtuvo Freud de eso en el *coitus interruptus* — la angustia aparece, si puedo decir, en ese margen de pérdida de significación. Pero, como tal, ella continúa designando lo que está apuntado por

²⁶ *Que en*

²⁷ *si ustedes quieren hacer el *a-mourir* {*à faire l'a-mourir*}*

cierta relación con el otro. No estoy diciendo, justamente, que la angustia de castración sea una angustia de muerte. Es una angustia que se relaciona con el campo donde la muerte se anuda estrechamente a la renovación de la vida, es una angustia que, si la localizamos en ese punto, nos permite comprender muy bien que ella sea equivalentemente interpretable como aquello para lo cual nos es dada en la última concepción de Freud, como la señal de una amenaza al status del yo {je} defendido.²⁸ Ella se relaciona con el más allá de ese yo {je} defendido, en ese punto de llamado de un goce que sobrepasa nuestros límites, en tanto que aquí el *otro*²⁹ es, hablando con propiedad, evocado en ese registro de real que es aquello por lo cual cierto tipo, cierta forma de vida se transmite y se sostiene. Llamen a eso como ustedes quieran, Dios o genio de la especie. Pienso que ya he implicado suficientemente en mis discursos que esto no nos lleva hacia ninguna altura metafísica. Ahí se trata de un real, de algo que mantiene lo que Freud articuló a nivel de su principio de nirvana como siendo esa propiedad de la vida, de deber volver a pasar, para arribar a la muerte, por formas que reproducen las que dieron ocasión, a la forma individual, de aparecer por medio de la conjunción de dos células sexuales.³⁰

¿Qué quiere decir esto? ¿Qué quiere decir en lo que concierne a lo que sucede a nivel del objeto? Qué quiere decir, sino que, en suma, ese resultado, que he llamado resultado a tan buen precio, no es realizado de manera tan satisfactoria más que en el curso de cierto ciclo automático a definir, y más que en razón, justamente, del hecho de que el órgano nunca es susceptible de sostenerse mucho en la vía del llamado del goce. Por relación a ese fin del goce y al alcance de ese llamado del otro en su término que sería trágico, puede decirse que el órgano amboceptor siempre cede prematuramente.

En el momento, si puedo decir, en que podría ser el objeto sacrificial, y bien, digamos que en el caso ordinario, hace ya mucho tiempo que ha desaparecido de la escena. Ya no es más que un trapito, no está

²⁸ Sigmund FREUD, *Inhibición, síntoma y angustia* (1926 [1925]), en *Obras Completas*, Volumen 20, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1979.

²⁹ *Otro* — *cf.* nota anterior.

³⁰ Sigmund FREUD, «Más allá del principio de placer» (1920), en *Obras Completas*, Volumen 18, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1979, pp. 54 y ss.

ahí más que como un testimonio, como un recuerdo de ternura para la *partenaire*. En el complejo de castración, es de esto que se trata, dicho de otro modo, eso no se convierte en un drama más que en tanto que es suscitado, impulsado en cierto sentido — el que confía plenamente en la consumación genital — el cuestionamiento del deseo.

Si *aflojamos*³¹ este ideal del cumplimiento genital, dándonos cuenta de lo que tiene de estructuralmente, de felizmente engañoso, no hay ninguna razón para que la angustia ligada a la castración no se nos aparezca en una correlación mucho más flexible con su objeto simbólico y en una apertura, por lo tanto, muy diferente con los objetos de otro nivel, como está por otra parte implicado esto desde siempre por las premisas de la teoría freudiana que ponen al deseo en una relación muy distinta que pura y simplemente natural con el *partenaire*, natural en cuanto a su estructuración.

Yo quisiera, para hacer sentir mejor lo que está en juego, recordar de todos modos lo que pasa con las relaciones, si podemos decir, ante todo salvajes, entre el hombre y la mujer. Después de todo, una mujer que no sabe con quién se las ve, es precisamente, de manera conforme a lo que les he adelantado de la relación de la angustia con el deseo del *Otro*³², que ella no está ante el hombre sin cierta inquietud sobre hasta dónde va a poder llevarla ese camino del deseo. Cuando el hombre, mi Dios, hace el amor como todo el mundo y está desarmado, si la mujer — lo que, como ustedes saben, es muy concebible — no obtiene de esto, diré, sensible provecho, hay en todo caso esto que ella ha ganado, es que respecto de las intenciones de su *partenaire* está en adelante completamente tranquila.

En ese mismo capítulo de *Waste land*, de T. S. Eliot,³³ al que me referí cierto día en que creí tener que confrontar con nuestra experiencia la vieja teoría de la superioridad de la mujer en el plano del goce,³⁴ aquél donde T. S. Eliot hace hablar a Tiresias,³⁵ hallamos estos

³¹ {*lâchons*} — *lo tenemos {*l'avons*}*

³² *otro*

³³ T. S. ELIOT, *The waste land (Tierra baldía)*. Hay versiones castellanas, por ejemplo: *Tierra baldía y Otros poemas*, Los Grandes Poetas, Buenos Aires, 1954.

versos — cuya ironía siempre me pareció que un día debía tener su lugar aquí en nuestro discurso — cuando el joven petrimetre carbunculo, pequeño chupatintas de agencia inmobiliaria, ha terminado con la dactilógrafa cuyo entorno se nos pinta en toda su extensión, ha terminado su asuntito, T. S. Eliot se expresa así:

*When lovely woman stoops to folly and
paces about her room again, alone,
she smooths her hair with automatic hand,
and puts the record on the gramophon.*

Lo que quiere decir: *When lovely woman stoops to folly*, eso no se traduce,³⁶ es una canción del *Vicario de Wakefield*,³⁷ “cuando una linda mujer se abandona a la locura” — *stoops* incluso no es “se abandona” sino — “se rebaja a la locura”, “para finalmente encontrarse sola, ella va y viene por la habitación alisando sus cabellos con una mano automática y cambia de disco.”³⁸

Esto en cuanto a la respuesta a la pregunta que se formulaban entre sí mis alumnos sobre lo que ocurre en la cuestión del deseo de la mujer. El deseo de la mujer está gobernado por la cuestión, para ella también, de su goce. Que del goce ella esté, no solamente mucho más cerca que el hombre, sino doblemente gobernada, esto es lo que la teoría analítica nos dice desde siempre. Que el lugar de ese goce esté ligado para nosotros al carácter enigmático, insituable de su orgasmo, esto es lo que nuestros análisis pudieron llevar lo bastante lejos para

³⁴ Clase 15, del 20 de Marzo de 1963.

³⁵ “yo, Tiresias, aunque ciego, palpitando entre dos vidas, / viejo con arrugadas tetas de mujer, puedo ver” — *op. cit.*, trad. de Angel Flores, p. 24.

³⁶ Nota de AFI: EL verso queda en inglés en la traducción que de él da Leiris. La traducción de los cuatro versos pertenece a Lacan”.

³⁷ Novela de Oliver Goldsmith (1728-1774).

³⁸ “Ella se vuelve y se mira en el espejo / sin preocuparse de su amante recién marchado; / su cerebro consigue formular un pensamiento borroso: / «Bueno, asunto concluído, me alegro que ya haya terminado». / Cuando una mujer hermosa comete tales locuras y / vuelve a pasarse por su cuarto, sola / se alisa los cabellos con mano automática / y pone un disco en el gramófono.” — *op. cit.*, pp. 25-26, he citado desde un poco más arriba.

que podamos decir que ese lugar es un punto suficientemente arcaico para ser más antiguo que el tabicamiento presente de la cloaca, lo que ha sido en ciertas perspectivas analíticas, por parte tal analista, y del sexo femenino, perfectamente señalado.

Que el deseo, que no es el goce, esté en ella naturalmente ahí donde debe estar según la naturaleza, es decir tubaria, es lo que el deseo de las que llamamos histéricas designa perfectamente. El hecho de que debamos clasificar a estos sujetos como histéricos no cambia nada en cuanto que el deseo así situado está en lo verdadero, en lo verdadero orgánico.

Es porque el hombre nunca llevará hasta ahí la punta de su deseo, que puede decirse que el goce del hombre y de la mujer no se conjugan orgánicamente. Es precisamente en la medida del fracaso del deseo del hombre que la mujer es conducida, si puedo decir, normalmente, a la idea de tener el órgano del hombre, en tanto que éste sería un verdadero amboceptor: es esto lo que se llama el falo. Es porque el falo no realiza, si no es en su desvanecimiento, el encuentro de los deseos, que deviene el lugar común de la angustia.

Lo que la mujer nos demanda a nosotros, los analistas, al final de un análisis conducido según Freud, es un pene, sin duda, *Penisneid*, pero para hacer mejor que el hombre. Hay algo, hay muchas cosas, hay mil cosas que confirman todo esto. Sin el análisis, ¿qué hay para la mujer como manera de superar ese *Penisneid*, si lo suponemos siempre implícito? Lo conocemos muy bien, es el modo más común de la seducción entre sexos: es ofrecer al deseo del hombre el objeto del que se trata, el objeto de la reivindicación fálica, el objeto no detumesciente para sostener su deseo, es hacer de sus atributos femeninos los signos de la omnipotencia del hombre. Y esto es lo que — les ruego que se remitan a mis antiguos seminarios — esto es lo que he creído que ya debía valorizar al subrayar, después de Joan Rivière, la función propia de lo que ella llama la *mascarada* femenina.³⁹ Simplemente, ella allí no debe hacer gran caso de su goce.

³⁹ Joan RIVIÈRE, «La femineidad como una máscara», en AA.VV., *Psicoanálisis y desviaciones sexuales*, Ediciones Hormé, Buenos Aires, 1967.

En la medida en que la dejamos, de alguna manera, sobre este camino, es ahí que firmamos el decreto de la renovación de esa reivindicación fálica, que se convierte en, no diré la indemnización, sino como el rehén de aquello que se le demanda, en suma, como cargando el fracaso del otro.

Tales son las vías en que se presenta, al considerar el plano genital, la realización genital como un término, lo que podríamos llamar los impases del deseo, si no estuviera la apertura de la angustia. Veremos, volviendo a partir del punto a donde hoy los conduje, cómo toda la experiencia analítica nos muestra que es en la medida en que es llamado como objeto de propiciación, en una conjunción en impase, que el falo, revelándose que falta, constituye la castración misma, como un punto imposible de esquivar de las relaciones del sujeto con el Otro, y como un punto, en cuanto a su función de angustia, resuelto.

**establecimiento del texto,
traducción y notas:
RICARDO E. RODRÍGUEZ PONTE**

**para circulación interna
de la
ESCUELA FREUDIANA DE BUENOS AIRES**

Anexo 1:

FUENTES PARA EL ESTABLECIMIENTO DEL TEXTO, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE ESTA 20ª SESIÓN DEL SEMINARIO

- **AFI** — Jacques LACAN, *L'angoisse*, Séminaire 1962-1963. Publication hors commerce. Document interne à l'Association freudienne internationale et destiné a ses membres. Paris, 1998.
- **JL** — Jacques LACAN, *L'angoisse*, Séminaire 1962-1963. Versión dactilografiada, reproducida en la página *web* de *l'école lacanienne de psychanalyse*: <http://www.ecole-lacanienne.net/index.php3>
- **FF/1** — Jacques LACAN, *L'angoisse*, Séminaire 1962-1963. Fuente fotocopiada todavía no clasificada, se encuentra en la Biblioteca de la E.F.B.A. codificada como CG-181/1 y CG-181/2.
- **IA** — Jacques LACAN, Seminario 10, *La angustia*, impreso exclusivamente para circulación interna de la Escuela Freudiana de Buenos Aires. Traducción: Irene M. Agoff, Revisión Técnica: Equipo de Traductores de la E.F.B.A. y la colaboración de Isidoro Vegh y Juan Carlos Cosentino. Esta versión publicada originalmente en fichas, cuya fuente francesa es presuntamente **FF/1**, se encuentra en la Biblioteca de la E.F.B.A. codificada como C-0698/01.